

vivos no habian sido desposeidos por alguna autoridad competente, de sacerdotes que se decian diputados de una diócesis, cuando no eran sino los de un partido, que no habian sido nombrados mas que por una parte del clero sin autoridad, por presbíteros que se habian constituido por sí mismos, por asambleas de una veintena á lo mas de eclesiásticos que habian tomado el nombre de sínodos, y habian sido desaprobados por el resto del clero. ¿Semejante reunion podia considerarse como representante de la Iglesia de Francia, cuando sus verdaderos obispos y la inmensa mayoría de sus sacerdotes no habian tenido parte alguna en esta convocacion, y manifestaban altamente su aversion al espíritu de cisma que dirigia esta asamblea? Los constitucionales querian á toda fuerza eternizar las divisiones. Si una diócesis estaba tranquila bajo la autoridad de sus pastores, suscitaban en ella disensiones, y les bastaba ganar algunos sacerdotes para enviar allá un obispo que no se pedia, y cuya presencia era un origen de querellas. Algunas veces sus metropolitanos, segun la decision del concilio, enviaban, sin que se les rogase, un obispo á un departamento, por el placer de turbar las conciencias. En 1798 establecieron de este modo once obispos¹, y diez y seis en los años si-

¹ Ives Audrein, antiguo miembro de la Convencion, y que habia votado la muerte de Luis XVI, se hallaba entre aquellos obispos, ni por eso fué juzgado menos digno que los demas de figurar en el concilio, y elevándolo al episcopado.

guientes. Se ve que las persecuciones del Directorio no caian sobre ellos, y que cuando el clero francés sufría una proscripcion general, y se estenuaba en el destierro, en las prisiones ó en retiros ignorados, los constitucionales solos, escapando gloriosamente á los golpes de los enemigos de la religion, se mantenian en los empleos, hacian obispos, y procuraban fortificarse dentro y fuera.

1798.

— El 28 de enero, penetran los franceses en Suiza¹. Hallábase á la sazón el mundo político en una confusion y sacudimiento general, atormentando todos los estados los principios revolucionarios, que propagaban por todas partes prosélitos ardientes. Complaciase el Directorio en lanzar á lo lejos sus gérmenes de insurreccion y en establecer alrededor suyo directorios subalternos, á quienes dirigia á su placer. Habíase organizado la república batava, la república cisalpina, la república liguriana; y cada una tenia su directorio, y no se juzgaba todavía suficientemente esparcido seme-

¹ Los pormenores contenidos en este artículo se refieren, la mayor parte por lo menos, á la política; mas hemos juzgado necesario trasladarlos rápidamente aquí para manifestar la estension del contagio revolucionario, y porque tienen muchos puntos de contacto con la historia de la religion, la cual tiene que deplorar muchos de estos cambios, dirigidos á la par contra ella.

jante beneficio. La Suiza, hasta entonces muy tranquila, á pesar de su vecindad con el volcan, habia servido de asilo á muchos proscritos. Envidiaronle esta doble ventaja, y el Directorio apoyó con su altanería acostumbrada las reclamaciones de algunos patriotas Valdenses, y luego asoció el efecto á la amenaza. Entraron las tropas francesas en Suiza por diferentes partes, y sorprendido por traicion este pueblo animoso, sufrió el yugo del francés despues de la mas injusta guerra; y tuvo que soportar los estragos de que habia sabido preservarse en medio de las borrascas de la Europa. Introdújose la desolacion hasta en esos pequeños cantones, por cuya situacion y pobreza parecian hallarse al abrigo de los ataques de la codicia. Mandó el Directorio á este pais á uno de sus dignos agentes, Rapinat, el cual, segun se dice, satisfizo completamente las intenciones de sus comitentes, y todo lo que anunciaba ya un nombre tan dichoso. Tambien se atraia la Italia la solicitud del Directorio; por eso promovia insurrecciones en el Piamonte, en el Estado de Génova, y en el Valés; apoderóse de las plazas fuertes de los Estados del rey de Cerdeña, y despues de haber privado de esta manera á este príncipe, de todos sus medios de resistencia, le hizo comunicar á 6 de diciembre de 1798 que se saliese de los Estados de Tierra-firme. Ocupaba á la sazón el trono Carlos-Manuel IV, el cual habia sucedido á 16 de octubre de 1796 á su padre Victor Amedeo. Escogió Cerdeña por retiro, y abdicó des-

pues en favor del duque de Aoste, su hermano, viviendo en Roma entregado á prácticas de piedad. El Directorio declaró la guerra á Nápoles é hizo intimar al gran duque de Toscana la orden de salir de sus Estados. Todo el ceño de la ambicion, del proselitismo y de la intolerancia se hallaba en esos feroces republicanos, en cuyo poder cayó pronto la Italia entera. Hánse publicados unas instrucciones dirigidas á Buonaparte, fecha 9 de noviembre de 1797, á uno de sus agentes en Italia. Por ellas vendriamos en conocimiento de todos los proyectos del Directorio, aun cuando los hechos no lo revelasen tanto. Fingiendo el general revolucionario un vivo entusiasmo por la libertad, anuncia la destruccion de los tiranos, los medios de verificarla, y la general republicanizacion de la Italia. En ella manifiesta cuanto se necesita escitar al pueblo contra la nobleza y el clero, establecer el espionage y la seduccion, halagar todas las pasiones y preparar la destruccion de los Estados, invocando la libertad. Tampoco disimula en este escrito el profesor de la revolucion su antipatía contra la corte de Nápoles, y entre otras cosas dice á su agente que ya se habia gastado el año anterior trescientos mil francos para formarse un partido en el mismo reino. Igualmente anuncia en él sus intenciones acerca de la religion y su deseo de reemplazar *una creencia estúpida* por medio *del culto de los hombres libres*. Tal era el lenguaje, tales los complots de este hombre artificioso que aparentaba enton-

ces trabajar en favor de la libertad, como aparentó despues proteger la religion.

— El 20 de febrero, se arrebató de Roma á Pio VI y se lo trasportó á Toscana. Meses hacia que la posicion del gefe de la Iglesia era cada día mas alarmante, suscitándole el Directorio á raja tablas mil estorbos. Su vecina peligrosa y exigente, la nueva republica cisalpina, redoblabá sus inquietudes, y hasta meditaba su pérdida en la misma Roma una turba de facciosos. Grupos, clubs, discursos sediciosos, pasquines incendiarios, declamaciones contra el gobierno, provocaciones á la libertad... hé aquí los medios de que se echaba mano á los ojos del Papa dirigidos contra él mismo. El embajador francés José Buonaparte, cobijaba bajo su proteccion á los patriotas, y echaba amenazas cada vez que se trataba de reprimir sus movimientos. Su hermano el famoso general, en las mismas instrucciones de que hemos hablado ya, decia, que *se aniquilaria el viejo idolo y que así lo estaban reclamando la politica y la libertad*, para lo cual encargaba á su agente preparar los ánimos, volviendo despreciables á los ministros y el gobierno pontifical odioso. Harto se llenaron por desgracia sus intentos. Los patriotas romanos (término adulterino que significaba Jacobino), que se sentian apoyados por el Directorio redoblaron de audacia á medida que el gobierno manifestaba mas indulgencia, la licencia tomó un caracter tan espantoso que se creyó deber poner algun remedio. Habiéndose ma-

nifestado una insurreccion se enviaron tropas para disipar los facciosos. Estos se retiraron al palacio de Francia, donde sabian que encontrarian á un protector. Selos persiguió : allá se empeñó el combate el 28 de diciembre de 1797. El general francés Duphot fué muerto favoreciendo á los insurgentes. El Papa previó el partido que sus enemigos podian sacar de este suceso para perderle. Hizo ofrecer toda suerte de satisfacciones ; pero el Directorio estaba alerta para no dejar escapar un tan bello pretesto. Envió al cuerpo legislativo un mensaje atroz contra la corte de Roma. En esta pieza, atribuida al gefe de la secta que habia jurado levantar su *teofilantropía* sobre las ruinas del cristianismo, se remontaba hasta la cuna de la religion, y se pretendia que verisimilmente por conformidad de principios, *los Papas habian establecido su trono al lado del de Neron...* el cual los enviaba al suplicio. Este discurso habia parecido picante. La posteridad juzgará quien de los pontífices ó de sus acusadores tenian mas relacion con este tirano feroz, que no sabia mas que confiscar, desterrar y enviar á la muerte. Lo demas del mensaje era por el mismo tono. Al mismo tiempo tuvieron orden las tropas de marchar á Roma. Entraron sin experimentar resistencia alguna, y fueron acogidas por los mismos hombres cuya audacia habia querido contener Pio VI. El 15 de febrero el soberano pontífice, sentado en su trono, recibia segun costumbre los cumplimientos de los cardenales por el aniver-

sario de su exaltacion, cuando se presentaron en medio de esta ceremonia á anunciarle que el pueblo romano habia vuelto á tomar su soberanía. En efecto es proclamada la república, y abolido el gobierno pontifical. Se dan guardias á Pio VI, se saquean sus muebles. Desde luego se le habia asegurado que sus miras no se dirigian mas que á su poder temporal, y que se le reconoceria siempre por obispo de Roma, pero duraron poco estos restos de atencion. Temieron que la presencia del Papa dañaria al establecimiento de la nueva república. La noche del 19 al 20 de febrero fué puesto en un coche, y sacado de Roma. En vano se esforzó este desgraciado anciano á prevenir este golpe; en vano tendia sus manos desfallecidas hácia la cúpula de san Pedro, hácia esta Iglesia metropolitana del mundo cristiano, que ya sus ojos no debian volver á ver. Se le hizo tomar el camino de Viterbo con una escolta. Estando herido el pastor, el rebaño todo lo tenia que temer. Roma fué entregada á todos los desórdenes que acompañan á una grande revolucion. « *Los miembros del sacro colegio, dice el autor de las Memorias históricas y filosóficas sobre Pio VI, fueron envueltos por una ciega animosidad en una proscripcion comun.* » El cardenal Braschi se encontraba en Nápoles encargado de una mision política; se confiscaron sus rentas. Del mismo modo se apoderaron de los bienes de los cardenales Albani y Busca, que se habian puesto en salvo. El cardenal Pignatelli se huyó á

Nápoles; el cardenal Archinto á Toscana. El cardenal Archetti, *que no habia desmentido la idea que habian dado de su sabiduria sus misiones en el Norte*, intentó escaparse, pero fué alcanzado en el camino, y traído á Roma. El cardenal Gerdil, una de las lumbreras del sacro colegio, y no menos respetable por la sencillez de sus costumbres y su piedad, que por sus conocimientos y su celo, se retiró cerca del rey de Cerdeña, á quien habia educado; y el autor mismo de las *Memorias históricas y filosóficas sobre Pio VI* nos enseña, *que si fué perdonado, fué porque la vida sencilla y modesta que llevaba en el seno de una desnudez casi absoluta, habia enseñado á todo el mundo que no estaba en situacion de pagar su rescate.* El cardenal Renuccini vió confiscar sus propiedades. El cardenal Mattei, que habia merecido la estimacion del pacificador de Tolentino, fué desterrado y privado tambien de sus bienes. Estos no estaban verisimilmente *en una desnudez absoluta.* La mayor parte de los otros cardenales fueron encerrados en un convento de Roma. En él se puso entre otros al cardenal Doria, último secretario de Estado, que rehusó huirse, y quiso tener parte en el destino de sus colegas; al cardenal Antonelli, uno de los miembros mas ilustrados y distinguidos del sacro colegio; al cardenal de la Somaglia que gozaba así como el precedente de una estimacion merecida; al cardenal Borgia *considerado, dicen las Memorias ya citadas, por su talento y su gusto en las ciencias,*

y célebre sobre todo por su celo por la propagacion de la fe, objeto á que consagraba una gran parte de sus rentas; al cardenal Roverella, *menos peligroso aun, y que reunia costumbres dulces á un entendimiento cultivado, etc., etc.* Despues de haberlos tenido algun tiempo aprisionados en Roma fueron trasladados á Civita-Vecchia. Se trató de deportarlos á alguna isla distante; pero nada tenian ya: usóse de indulgencia, y despues de haberlos despojado de todo se les permitió ir á buscar un asilo fuera de Roma. Retiráronse á Nápoles ó al Estado de Venecia. Los demas prelados no fueron mejor tratados. Muchos obispos de los Estados del Papa fueron aprisionados ó desterrados. Así la Iglesia romana, atacada en su cabeza como en sus miembros, estaba espuesta á una persecucion tan injusta como odiosa. En medio de estas proscripciones, cantábase himnos á la libertad, se hacian procesiones cívicas en el Capitolio, y en discursos pomposos se invocaban los manes de Caton y de Bruto. Patriotas muy exaltados y bien crédulos se habian lisonjeado de que iban á ver otra vez los tiempos de la república romana; mas el Directorio bien pronto los desengañó gobernándolos militarmente, haciendo pagar su proteccion por medio de cuantiosas contribuciones, y despojando al pais de muchos objetos de artes; en poco tiempo dejó á los ricos sin asilo y faltos de recursos á los pobres. ¿Cuál era entre tanto la suerte del soberano pontífice? Su escolta le llevaba á Toscana: llegó el 25 de

febrero á Siena, en donde fué alojado en el convento de Agustinos. Allí vivia de un modo muy retirado, cuando el 25 de mayo un violento temblor de tierra conmovió la casa que habitaba; el cielo raso de su cámara se desplomó un instante despues de haber salido. Fué trasladado á otro alojamiento fuera de la ciudad, y en seguida á un convento de Cartujos cerca de Florencia. Allí recibió la visita del gran duque y su familia, como igualmente la de los reyes de Cerdeña. Esta reunion de soberanos destronados ó cerca de serlo era una triste entrevista, y un memorable ejemplo de la fragilidad de las grandezas. Desde este retiro mantenía todavía Pio VI, aunque con trabajo, una correspondencia bastante estensa, y llenaba cuanto podia sus deberes como cabeza de la Iglesia. Hay de él muchos breves con fecha en la Cartuja, en respuesta á las consultas que se le dirigian. ¿No tenia motivo de esperar que sus enemigos le dejaran por lo menos tranquilo en este lugar de destierro? Pero su presencia en Italia y á poca distancia de Roma ofuscaba todavía. Desde el mes de agosto de 1798 el Directorio estrechó al gran duque á hacerle salir de sus Estados. Este príncipe se concertó pues con la corte de Viena para procurar al Papa un asilo en los Estados de la casa de Austria. Estaban convenidos que viviria en la abadía de Molk cerca de Viena. El rompimiento que estalló entre el emperador y el gobierno francés impidió la ejecucion de este proyecto. En seguida se trató de trasladar

al Papa á Cerdeña. Una enfermedad que le sobrevino puso obstáculo á su partida. Sin cesar llegaban nuevas órdenes del Directorio para atormentarle en su retiro, y nosotros vamos á ver á sus enemigos concluir de un modo digno de ellos la cruel persecucion que hacian sufrir á este pontífice octogenario.

— El 22 de mayo, esposicion de los obispos católicos de Irlanda y de los principales miembros de esta comunión á sus compatriotas. La revolucion que estalló este año en Irlanda y la agitacion que estaba reinando en ella desde mucho tiempo á aquella parte, no reconocian otro movíl que el sacudimiento general de que hablábamos no hace mucho, y ese delirio revolucionario que estraviaba todos los ánimos. Para conocer á punto fijo todas las causas de estos acontecimientos, relacionados con nuestro objeto por mas de un título, se necesita recordar algo la historia de la Irlanda y el espíritu que reinó constantemente en este pais. Fuertemente adicta á la antigua religion, habíase declarado la Irlanda contra las medidas de Enrique VIII y las de sus sucesores, de suerte que esta tan fuerte adhesion de los Irlandeses al catolicismo ha venido á ser su caracter distintivo, caracter que no han podido borrar ni las revoluciones ni las obstáculos. La diferencia de religion fué como la grande linea de demarcacion entre los dos pueblos, y el Irlandés católico se halló constantemente en oposicion con el Inglés protestante. Nunca pu-

do aquel reconciliarse con el gobierno de los conquistadores, los cuales, á la verdad, le tenian sojuzgado bajo un yugo harto pesado. Quanto mas se esforzaban en comprimirlo, tanto mas se exaltaba este sentimiento en él; de lo cual resultaban de cuando en cuando disturbios y violencias. Así es que por los años de 1762 y siguientes, se vieron algunas bandadas con el nombre de *muchachos-blancos*, las cuales introdujeron el desorden y cometieron escesos en algunos condados. Juzgóse obligado el gobierno inglés á desplegar todo su rigor contra estos tumultos, en los cuales dejaron de tomar parte los principales católicos. No cabe la menor duda que su principal objeto era mas bien el saqueo que el interés de la religion. Como sea hizose cargo el ministerio de que era necesario mudar de sistema, aligerar un yugo tan pesado y restituir á los católicos á lo menos parte de los derechos de que se los habia despojado. Revocáronse al efecto muchos estatutos penales promulgados contra ellos en otros tiempos; se los puso bajo el mismo pie de los protestantes por lo concerniente al derecho de propiedad territorial, y se les prescribió un juramento. Al principio, repugnaban prestar este juramento muchos católicos imbuidos todavía de ciertas prevenciones, muy justas en su origen. Temíase que fuese aquello un artificio del gobierno, del cual se creian con derecho á desconfiar, y seguramente no se dió á conocer por otro motivo un religioso Irlandés, el pa-